

La Expedición Libertadora del Perú en Chile Estrategia militar y determinación libertaria

The Liberating Expedition of Peru in Chile Military strategy and libertarian determination

Rafael Sagredo Baeza¹

Resumen

El texto aborda las razones tras la organización de la fuerza naval y militar destinada a libertar al Perú, el contexto y circunstancias en que, en Chile, se reunió el contingente militar y las representaciones que sobre la empresa hicieron algunos de los protagonistas de la época, como Bernardo O'Higgins.

Palabras clave: Expedición Libertadora del Perú, Chile, Bernardo O'Higgins, Independencia, siglo XIX

Abstract

The text addresses the reasons that explain the organization of the naval and military force destined to liberate Peru, the context and circumstances in which the military contingent gathered in Chile and the representations that some of the protagonists of the time made about the company, such as Bernardo O'Higgins.

13

1 Académico del Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

E-mail: rsagredo@uc.cl

ORCID: 0000-0002-7385-4328



Keywords: Chile, Liberation Expedition of Peru, Bernardo O’Higgins, Independence, 19th century

Aunque la fuerza militar que se trasladaría al Perú para liberarlo de la presencia española, y así contribuir a su independencia y con ella a la de América, comenzó a ser sistemáticamente planeada en medio de las expresiones de júbilo que el triunfo patriota en la batalla de Maipú en abril de 1818 estimuló, fue recién en mayo de 1820, cuando las conversaciones iniciadas por José de San Martín sobre la empresa llevaban ya casi dos años, que Bernardo O’Higgins decretó que era necesario que el ejército expedicionario que se preparaba recibiera una denominación. Una –explicó– que representara “la grande y filantrópica empresa” que lo conduciría a las provincias litorales del Perú, quedando entonces consagrado el nombre de “Ejército Libertador del Perú”. Dicho nombre, finalmente, y en tanto fuerza militar, también implicaba a la Escuadra Nacional del Estado en proceso de institucionalización que entonces era Chile (Academia de Historia Militar, 2021, p. 34).



Figura 1. Versión del estandarte del Ejército Libertador del Perú. Respecto de otras, la ubicación de las estrellas en el campo azul es lo único que varía.

Es conocido que, desde sus primeros indicios, la iniciativa patriota tuvo detractores, como José Miguel Carrera, quien se opuso a ella pues estimaba que se costearía con “sangre chilena”, para no referir a las críticas que la fuerza recibió, incluso antes de su inminente zarpe, en medio de la pobreza generalizada y la efervescencia política existente en esa época de organización en que la nueva república, además, seguía amenazada por la guerra en su territorio.

Las alternativas de su organización en Chile, en medio de un contexto extremadamente complejo para el gobierno nacional que se iniciaba, demuestran la determinación de la causa independentista; la visión estratégica y capacidad de gestión de los patriotas; la comunidad de intereses entre los líderes del movimiento separatista, José de San Martín y Bernardo O’Higgins; y el esfuerzo de la población que proporcionó recursos humanos y económicos para su materialización.

1. Antecedentes

Es en el contexto de la liberación de América, y por lo tanto de la expulsión de las fuerzas realistas del continente, que debe comprenderse la organización de la Expedición Libertadora del Perú². Ella sería la materialización de una de las tantas etapas de una larga campaña destinada a independizar a las colonias españolas, la que tuvo muchos puntos e hitos decisivos hasta culminar en la batalla de Ayacucho en

2 El objetivo de contribuir a la independencia del Perú y, a través de esta, a la continental, no es incompatible, como lo plantea Ana María Stiven (2021), con los propósitos no declarados de O’Higgins que estaban orientados por las necesidades de la política interna o local, y, por lo tanto, con su consolidación en el poder (ver Arrambide, McEvoy y Velázquez, 2021, pp. 78-79).

diciembre de 1824. Esta batalla, al igual que la Expedición Libertadora al Perú, refleja la conjunción de estrategias entre los líderes militares del proceso separatista, todos conscientes de que la independencia de la América española sólo se garantizaría con la derrota total de todas las fuerzas realistas, y que por lo tanto las victorias patriotas en Venezuela, Nueva Granada o Chile sólo serían parciales mientras no se venciera a los españoles y a sus aliados en el Perú.

Reflejo de esta visión es la carta, fechada el 22 de abril de 1814, que San Martín dirigió a uno de sus ayudantes, Nicolás Rodríguez Peña, en la que le advierte sobre sus planes y adelanta su opinión del proceso independentista y la forma de asegurarlo. En ella, también escribió sobre organizar “un ejército pequeño y bien disciplinado en Mendoza para pasar a Chile y acabar allí con los godos, apoyando un gobierno de amigos sólidos para concluir también con la anarquía que reina” (Espejo, 2017, p. 114). A continuación, aseguró que “aliando las fuerzas pasaremos por el mar a tomar Lima: ese es el camino (...). Convéznase usted que hasta que no estemos sobre Lima, la guerra no acabará” (Espejo, 2017, p. 114)³.

Más todavía, según se asienta en el *Bosquejo biográfico del general San Martín* del doctor Juan María Gutiérrez, aparecido en 1863, San Martín estaba convencido de que la guerra no tendría término sino con la ocupación de Lima y que, además, “el centro del poder español en América no debía ser atacado por el camino largo y peligroso del Alto Perú, sino

3 El general Jerónimo Espejo, que fue ayudante del Estado Mayor del Ejército Libertador, relata su historia en su libro publicado originalmente en 1876.

que por otro más corto y más inesperado para el enemigo” (Espejo, 2017, p. 114; Gutiérrez, 1868, p. 28).

Luego de la decisiva victoria de las fuerzas patriotas comandadas por San Martín en la batalla de Maipú, el 5 de abril de 1818, O’Higgins, como director supremo del naciente Estado, no sólo dispuso las medidas indispensables para asegurar la administración y el orden interno, sino que también dictó las disposiciones para la organización de una escuadrilla naval que, con el tiempo, terminaría formando parte de la Expedición Libertadora del Perú. Todo ocurría en medio de un contexto marcado por la fijación de San Martín de “expedicionar” prontamente al Perú, desechando la amenaza de las fuerzas realistas que podían reagruparse en el sur de Chile, entre otras razones por el efecto que podría tener el cansancio y relajación de las tropas vencedoras y, sobre todo, por los apremios del erario, absolutamente carente de recursos y lleno de obligaciones, también para con las tropas.

Como ha sido señalado por la historiografía, el gobierno nacional también estaba convencido de la necesidad de formar una escuadra, estimada indispensable para afianzar la independencia de Chile, que navegando al Perú transportara la Expedición Libertadora proyectada al menos desde 1814⁴.

Expresión de la situación en que se encontraba Chile luego del triunfo patriota en Maipú, como de la tarea que se debía enfrentar, son las cartas que O’Higgins remitió a San Martín a partir de 1818. En ellas, junto con noticias sobre la

4 Diego Barros Arana, en su *Historia general de Chile*, publicada originalmente en dieciséis volúmenes entre 1888 y 1902, ofrece una crónica muy completa de todo lo relativo a la organización de la expedición, sus motivaciones, circunstancias y promotores.

situación militar, las referencias a “lo apurado que quedó el erario, adeudado en más de trescientos mil pesos”, también le comenta las medidas que se disponían con el propósito de preparar el escenario para el envío de la fuerza destinada a liberar al Perú. El 22 de julio, le informa que “la marina crece y se paga puntualmente”; el 6 de octubre, que “pasado mañana dará vela la escuadra, va bien tripulada y equipada”; y así, hasta, “ser amos del mar” (Gómez Alcorta y Ocaranza Bosio 2011, pp. 216; 221).

Antecedente inmediato de la fuerza naval son las escaramuzas de naves que, con patente de corso concedida por el gobierno de Chile desde 1817, acosaron, hostilizaron y apresaron numerosas embarcaciones españolas en la costa del Pacífico. La compra de una fragata inglesa, bautizada con el nombre de *Lautaro*, dotó al país de la que O’Higgins consideró la base de la escuadra nacional. A esta se sumó el bergantín rebautizado *Pueyrredón*, además de la improvisación en Valparaíso de un cuerpo de oficiales reclutados entre los capitanes y pilotos de los buques mercantes. Todos los hechos señalados ratificaban la convicción de O’Higgins, que en mayo de 1818 expresó de manera clara y decidida cuando anunció que “Lima no puede sustraerse por más tiempo a la ley que obedece América”. Para ello, era imperativo organizar la Expedición Libertadora del Perú que le garantizara su “libertad política y civil” (Barros Arana, 2003, p. 350).

18

A lo largo de 1818, además de las señaladas, se tomaron otras medidas destinadas a organizar la escuadra, como formar un batallón de infantería de marina y una brigada de artillería de mar, reclutar marineros entre los habitantes de Valparaíso, fijar el vestuario de la oficialidad, decretar la planta de la *Lautaro*, adquirir pertrechos de guerra y comprar, renombrando,

la corbeta *Chacabuco* y el bergantín *Araucano*. La creación de una academia de guardiamarinas en Valparaíso para formar, aunque fuera rudimentariamente, a los oficiales que servirían en las campañas navales que se avizoraban, así como la adquisición de un verdadero navío de guerra, nombrado *San Martín*, y de otro llamado *Galvarino*, deben considerarse puntos culminantes de la organización de la primera escuadra nacional. Como ha sido señalado, estos aprestos en un país que carecía de todo y en un contexto de miseria pública, que obligaron a utilizar numerosos arbitrios para reunir fondos, muestran la determinación de O'Higgins, pero también su “ánimo firme y criterio seguro”, así como sus “dotes de administrador e incansable laboriosidad”, siempre asistido por su ministro de guerra y marina, José Ignacio Zenteno, un colaborador “tan inteligente como tenaz en la tarea” (Barros Arana, 2003, p. 433).



Figura 2. Álvaro Casanova Zenteno, *Primera escuadra chilena comandada por el capitán de navío Manuel Blanco Encalada* (1928). Óleo, 310 x 200 cm. Museo Histórico Nacional.

En Manuel Blanco Encalada recayó la tarea de organizar la primera escuadra que, conformada con cuatro navíos, reunió un total de 1.109 hombres y estaba equipada con 142 cañones. El zarpe de las naves desde Valparaíso representó una fiesta estimulada por el hecho de enarbolarse también el nuevo pabellón patrio (Museo Histórico Nacional, 2009, p. 85).

La armada nacional, compuesta por cinco naves, pronto tendría oportunidad de probar su valía, pues en mayo de 1818 había zarpado de Cádiz una fuerza naval española encabezada por la muy bien pertrechada fragata de guerra *Reina María Isabel*, acompañada de once transportes con más de dos mil hombres. Saliendo a su encuentro, la fuerza española fue sorprendida y su nave principal fue capturada en las inmediaciones de Talcahuano; de ese modo, en noviembre, concluía la primera campaña naval nacional con la escuadra incrementada, los esfuerzos compensados y los ánimos renovados. Renombrada *O'Higgins*, la fragata española pasó a ser el buque almirante de la escuadra chilena.

El afortunado resultado contra las fuerzas españolas durante 1818 alentó a San Martín –que en octubre de aquel año se encontraba en Chile– y a O'Higgins a redoblar sus esfuerzos por iniciar la ofensiva contra el virrey del Perú, un proyecto conocido que la prensa de la época calificaba de “necesidad imprescindible de la revolución” (Barros Arana, 2005, p. 41). Una elocuente expresión de que la iniciativa no sólo era una urgencia militar para consolidar la estrategia destinada a asegurar la independencia, sino que también había logrado persuadir a grupos significativos de la sociedad que, pese a las penalidades sufridas durante las campañas contra los realistas, comprendían que se trataba de un esfuerzo final indispensable de emprender.

El que, por entonces, en una jornada cualquiera, la Comandancia General de Armas estableciera –en la orden del día del 8 de diciembre como santo y seña de la tropa– las palabras “Chile libertará a Lima” refleja también que en la comunidad existía ya conciencia, cuando no resignación, frente a la campaña que se iba a emprender (Barros Arana, 2005, p. 41). Entre las razones para acelerar la operación, estaba la destinada a evitar que el virrey del Perú se preparara y fortaleciera para hacerle frente. En Chile, tal vez entonces todavía no se sabía de la incertidumbre y temor, incluso angustia, que la expedición proyectaba y estaba causando entre los realistas del Perú encabezados por Joaquín de la Pezuela quien, en medio de una situación económica desastrosa y numerosas críticas a su gestión, organizó las medidas defensivas para hacerle frente, las que podemos conocer a través de los textos de Patricio A. Alvarado Luna (2020 y 2021).

Entre las iniciativas destinadas a asegurar el éxito de la campaña, se encuentra el intento de O’Higgins de tomar contacto con las fuerzas patriotas que Simón Bolívar lideraba en el norte de América del Sur, con el objetivo de emprender operaciones conjuntas contra el virrey Pezuela y sus fuerzas. La actitud del director supremo fue respaldada por el Senado nacional, que en diciembre asentó, a propósito de una solicitud de Nueva Granada y Venezuela, que era “un deber de todos los estados americanos auxiliarse mutuamente en cuanto sea conducente a sacudir el yugo de nuestros opresores y cimentar nuestra libertad e independencia”. Antes, el 23 de noviembre, O’Higgins había remitido a la asamblea un oficio urgiéndola a deliberar y decidir sobre la expedición militar a Lima, sobre todo, considerando “que tenemos ejército suficiente” y “una marina respetable con que podemos obrar de un modo que afiancemos la libertad de la América del Sur”;

aliviando, al mismo tiempo –agregó el mandatario– “al pueblo de Chile de los ingentes gastos que ha tenido que sufrir” (*Sesiones de los Cuerpos Legislativos de la República de Chile, 1811 a 1848*, II, 1886, pp. 138 y 88 respectivamente). Con esta última frase, manifestaba la conciencia existente sobre el sacrificio económico que la lucha por la independencia había significado y, seguro también, su preocupación por las consecuencias político-sociales que la prolongación del esfuerzo podía implicar para la marcha y estabilidad de su gobierno.

Como director supremo de Chile, nombre que se explica por las circunstancias del momento en que asumió la jefatura del Estado y el gobierno, O’Higgins debió enfrentar el desafío de comenzar a ejercer el poder dando forma a un nuevo régimen y entidad política, la república de Chile. Tarea muchas veces postergada por las atenciones que la guerra separatista demandaba del militar que buscaba asegurar también la independencia. Rasgo fundamental de su obra gubernativa fue la de iniciar la organización y la estructuración de las entonces poco conocidas, y menos implementadas, instituciones propias de una república independiente y de un Estado autónomo, como lo son la administración pública y el conjunto de normas esenciales para su funcionamiento.

Su actuación se desarrolló en medio de una caótica y angustiante situación económica provocada por las campañas de la guerra, la amenaza militar española, la oposición de la Iglesia, el recelo de las élites y el malestar social provocado por la situación que todos los elementos señalados excitaban. En este contexto, los primeros esbozos de una hacienda pública y de una legalidad republicana, incluidas las instituciones y funcionarios indispensables para su organización y funcionamiento, como los institutos armados, representan el

legado del O'Higgins estadista. También lo fueron las disposiciones relacionadas con las instituciones culturales y las relativas a las representaciones simbólicas de la nueva entidad política, todas apreciadas entonces esenciales para asegurar la independencia nacional (Sagredo, 2018, pp. 70-97).

El periodo durante el cual O'Higgins desempeñó el poder, y que se prolongaría hasta enero de 1823, fue esencial en el proceso de separación de la metrópoli, aunque también en la estructuración del Estado republicano. Desde el momento de su nombramiento, O'Higgins hizo saber que el principal objetivo de su gobierno sería asegurar, sin trepidar en medios para lograrlo, la independencia de Chile. Conservar la unidad de los patriotas y escarmentar y abatir a los realistas fueron algunas de sus principales preocupaciones como gobernante y explican algunas de sus drásticas medidas. Muchas de las cuales le fueron enajenando el prácticamente unánime apoyo ciudadano con que inició su mandato.

Así, es preciso considerar que la organización de la Expedición Libertadora del Perú, un gran mérito de O'Higgins, es una empresa que se materializó a pesar de las extremas y angustiantes condiciones económicas y político-sociales existentes entonces. Además, la lucha militar continuaría todavía por algunos años. Los españoles ocupaban Chiloé, Valdivia y gran parte de la provincia de Concepción. Si bien no tenían la capacidad militar para reconquistar el territorio, sus fuerzas eran considerables y provocaron encarnizados y crueles combates. El conflicto comenzó a definirse en favor de los patriotas en febrero de 1820, cuando Lord Cochrane logró tomar la plaza de Valdivia. Nuevos triunfos y la captura de algunos de los más importantes cabecillas de la resistencia permitieron alcanzar, sólo en 1826, la victoria definitiva al

desembarcar las tropas chilenas en Chiloé, el último bastión realista en territorio nacional.

2. La organización de la Expedición

De acuerdo con los cálculos que San Martín realizó, el ejército que debía trasladarse al Perú por lo menos debía estar compuesto por unos 5.400 infantes, 400 artilleros, 200 jinetes y 100 zapadores, es decir, un total de 6.100 hombres. La artillería debería constar de 24 piezas de campaña, con sus respectivos tiros, unos 500 para cada una. Junto con el armamento de cada soldado, esperaba también reunir diez cañones de repuesto, 3.000 fusiles y 1.000 carabinas para armar nuevas tropas. Además de señalar lo que consideraba indispensable para emprender la campaña, que incluía municiones, artículos de maestranza, un hospital militar, tres meses de víveres, la tripulación de las naves, el flete de buques mercantes para transporte de la tropa y 200.000 pesos en efectivo, el Libertador señaló a los vecinos acaudalados de Santiago, con los que se reunió, que Buenos Aires colaboraría con 500.000 pesos, y que esperaba que el Estado de Chile aportase una cifra equivalente.

Además de la escuadra nacional, para cuya organización ya se habían invertido cerca de 1.000.000 de pesos, en la reunión con San Martín se le hizo saber que Chile contribuiría también con 300.000 pesos en víveres y otros artículos, y 200.000 en efectivo, los cuales serían aportados por los vecinos, en proporción a sus fortunas, en la forma de contribución extraordinaria o empréstito forzoso. El Senado sancionó estas resoluciones el 25 de noviembre de 1818 (*Sesiones de los Cuerpos Legislativos de la República de Chile, 1811 a 1848*, II, 1886, pp. 89; 91).

Serían la pobreza generalizada, como las perturbaciones internas en el Río de la Plata y la lucha contra los realistas en el sur de Chile, las que frustraron las intenciones originales de O'Higgins y San Martín. Esto los obligó a reducir sus pretensiones y, por lo tanto, reducir los recursos humanos y materiales que se enviarían al Perú, posponiendo además una iniciativa que originalmente emprenderían en el otoño de 1819.

Pero las diversas alternativas que complicaban la organización de la fuerza libertadora no hicieron flaquear la determinación de acometer contra los españoles en el Perú. Una resolución que explica la campaña naval que la escuadra chilena emprendió a las costas del Virreinato con el fin de capturar navíos, estimular el espíritu independentista de los peruanos y, sobre todo, asegurarse el dominio total del Pacífico.

Al mando de Thomas Cochrane, un distinguido y experimentado marino inglés llegado a Chile en noviembre de 1818, cuatro de las siete naves que componían la escuadra zarparon en enero de 1819. Entre sus objetivos, estaba bloquear el Callao y tomar preso al enemigo. Fue la primera de sucesivas campañas que, a lo largo de 1819, fueron preparando el escenario para la Expedición Libertadora al otorgarle a Chile la supremacía naval que buscaba y necesitaba para garantizar la campaña en Perú. Este escenario positivo se vio reforzado con la llegada de las corbetas que, a costa de grandes desembolsos, Chile había mandado a construir en Estados Unidos, además de continuar con el avituallamiento de los barcos y la preparación de la marinería. Desde la batalla de Maipú, en abril de 1818, el principal esfuerzo del gobierno fue preparar la expedición libertadora. Una empresa alenta-

ejemplo, para exportar los productos locales al principal mercado de la economía chilena en la Colonia, y el único al cual habían podido expenderlos hasta entonces.

Aprovechando esta comunidad de intereses, O'Higgins tomó medidas extremas para asegurar la Expedición Libertadora. Fue así como dispuso contribuciones mensuales, un empréstito forzoso, el secuestro de bienes de los realistas, y la formación de una junta de economía y arbitrios encargada de acopiar recursos y medios. Decidido a contratar el transporte de las tropas del ejército expedicionario, con el acuerdo del Senado, el gobierno negoció un trato que se selló en septiembre de 1819. Mientras todo esto ocurría, San Martín se decidía a obviar las órdenes que recibía de Buenos Aires relativas a marchar hacia el Río de la Plata. Por su parte, O'Higgins, en sentidas proclamas, exaltaba el patriotismo y exigía la cooperación de los chilenos para salvar a la patria de una proyectada reconquista española que las noticias que se recibían hacían saber.

La pesada carga que recaía sobre la población, la certeza de que la expedición al libertar al Perú iba a poner término definitivo a la guerra y a los sacrificios de años que habían consumido la riqueza pública y privada, asegurando además las libertades básicas, explican la impaciencia que la supuesta demora de la campaña provocaba en la población. Entre las situaciones que postergaban la decisión, estaban las que involucraban a San Martín que, destinado a encabezar la campaña, estaba distraído por las querellas internas en el Río de la Plata y la sublevación de las tropas acantonadas en Cuyo, las que le impedían marchar hacia Chile. Ante la incertidumbre, el Senado de Chile expresó su opinión en favor de la expedición sin aguardar a los "argentinos", incluso decidió solicitar

a O'Higgins que asumiera el mando del ejército y emprendiese de una vez la campaña.

A fines de 1819, y en medio de febriles aprestos y los apremios de la hacienda pública, se determinó que la fuerza expedicionaria debía iniciar sus operaciones en los primeros meses de 1820. Este hecho no se pudo cumplir por no encontrarse resueltos muchos de los asuntos reseñados, la falta de recursos para dotar adecuadamente a la expedición y las distracciones que significaron las conspiraciones de algunos militares resentidos con O'Higgins y San Martín, cuya amistad y comunidad de intereses y objetivos es bien conocida.

Acelerándose los preparativos a partir de mayo de 1820, el gobierno propuso la reorganización del ejército expedicionario con el fin de incrementar el número de efectivos chilenos. Fechado 13 de mayo y remitido al Senado para su revisión, el oficio ofreció una clara representación del significado que Bernardo O'Higgins atribuyó a la empresa, la proyección –incluso internacional– que creía tenía para la nación, así como una expresa mención de los antecedentes que la hacían indispensable, buscando así la rápida aprobación de la corporación (*Sesiones de los Cuerpos Legislativos de la República de Chile, 1811 a 1848*, IV, 1888, pp.149-150).

O'Higgins inició su texto elogiando a Chile, que “por un efecto de causas prodigiosas, va a elevarse sobre sí mismo y exhibir a la expectación del mundo un rasgo de grandeza, de resolución y generosidad (...)”, ponderaba, así, su obra y la de la comunidad que encabezaba. Sobre todo, sí consideraba –continuó– que

pocas naciones en su infancia, en medio de una lucha tan tenaz y ruinosa, se han visto en estado de poder sin riesgo

salvar los mares, para conducir armas fuera de sí misma; y muy raras las que, con suficiente poder, se han atrevido a hacer prueba de su desprendimiento (*Sesiones de los Cuerpos Legislativos de la República de Chile, 1811 a 1848*, IV, 1888, pp.149-150).

Para el jefe de Estado, Chile, “grande y magnánimo”, no podía renunciar a la “gloria debida al hecho heroico que se prepara realizar”, pues había superado “cuantas dificultades se le oponen” y rechazado toda idea que no estuviera dirigida “a presentar la libertad a sus hermanos oprimidos”. Así, era indispensable que “el ejército libertador del Perú se componga del mayor número posible de batallones de la república”. Tanto la política, la razón, el decoro y el renombre de ella lo exigían, y para realizar lo que proponía era de absoluta necesidad reorganizar y crear algunos cuerpos que, por lo que corresponde a Chile, aumentarán la fuerza del cuerpo que partiría al Perú.

Luego de indicar las medidas dispuestas para cumplir con el objetivo, O’Higgins concluyó su mensaje en la creencia de que el Senado, “interesado como yo en el crédito y lustre de la nación”, aprobaría su propuesta, asentimiento que le permitiría “dar principio a una obra que colmará los deseos de todos los ciudadanos y será simpática a las naciones que nos observan”.

28

Reflejo de la situación por la que atravesaba entonces el país, ya exhausto por el esfuerzo militar, es el hecho de que el Senado, si bien se “abrió a la iniciativa del Director Supremo para el aumento de los cuerpos que deben engrosar la fuerza del ejército expedicionario al Perú” en todo lo relacionado con la reorganización, en particular de oficiales, reservó “para

los puntos del Perú la formación de la tropa, mediante la recluta que se haría inverificable en Chile en nuestras actuales circunstancias” (*Sesiones de los Cuerpos Legislativos de la República de Chile, 1811 a 1848*, IV, 1888, p. 150).

Tal vez la confianza, que tanto O’Higgins como San Martín sostenían a propósito de los informes que recibían del Perú, de que una vez desembarcado el ejército en el virreinato los voluntarios acudirían a formar parte de la fuerza, influyó también en la determinación del Senado. Que, como es sabido, también apoyó el transporte de pertrechos para equipar en Perú a quienes se unieran a la campaña contra los realistas.

Verificadas las diversas medidas tomadas en orden a la reunión, organización y aprestos del ejército que se embarcaría, entre las cuales estuvieron la inspección que San Martín hizo del campamento en Quillota, y la recluta y concentración de tropas en Coquimbo, las que se sumarían a la fuerza cuando la escuadra navegará rumbo al Perú, en julio el ejército expedicionario contaba con aproximadamente 4.118 soldados y 296 oficiales, mientras que las naves de la escuadra y los transportes ya estaban dispuestos para su zarpe⁵.

Mientras tanto, las expectativas sobre la partida de la expedición llevaron a algunos, como a Bernardo Monteagudo, a exigir que se acelerasen los preparativos, criticando, a través

5 Las fuentes y la historiografía difieren en los efectivos que formaron parte del ejército libertador. La más reciente publicación sobre el tema, ya citada y debida a la Academia de Historia Militar en Chile, señala que los cuerpos previos al embarque fueron 23 jefes, 273 oficiales y 4.118 sargentos, cabos y soldados. A lo que se agregaron 58 oficiales civiles que conformaron el comando y el estado mayor. De este total, se calcula que 2.000 soldados eran chilenos. Véase Academia de Historia Militar (2021, p. 37).

de *El Censor de la Revolución*, al gobierno por lo que consideraba falta de energía. Una acusación “hija de la impaciencia” e injusta escribió Diego Barros Arana, según el historiador alentada por San Martín, “que no toleraba causa alguna de retardo” (XII, 2005, p. 441).

Así, en medio de una situación de angustiante pobreza, con el enemigo todavía combatiendo en territorio chileno, sopor-tando las críticas y ocupados simultáneamente en organizar el Estado republicano, se logró reunir un ejército y organizar una escuadra destinados a garantizar la independencia y libertad de América. Una causa que entonces, sin duda, fue capaz de movilizar a la población.

Además de los soldados, el ejército libertador portaría un considerable material de guerra, un elocuente reflejo del acopio de pertrechos realizado y, sobre todo, de la responsabilidad con que se enfrentó una empresa que, desde el inicio, parecía superar la capacidad de cualquiera que osara emprenderla. Junto con las armas que cada soldado portaba, el parque estaba formado por 35 piezas de artillería de diversos calibres, 15.000 fusiles y aproximadamente 2.000 sables para armar nuevos cuerpos de tropas una vez arribados al Perú. Completaba el equipamiento la carga que debía marchar con el ejército, la que pasaba de 15.000 cajones de armamentos, vestuario, herramientas, municiones, monturas y correajes.

30

La provisión de víveres estaba compuesta esencialmente de charqui, galleta, harina y legumbres, suficiente para proveer de alimentos al ejército durante la navegación y los primeros cinco meses de la campaña. Una imprenta para el servicio del estado mayor, con sus respectivos operarios, para dar a conocer boletines y proclamas; el servicio sanitario, compuesto

por ambulancias con abundantes medicinas, y servido por siete médicos y doce enfermeros; y una compañía de artesanos, carpinteros y herreros, para la reparación de armas y otros bagajes; muestran la preocupación por dotar a la fuerza expedicionaria de todo lo apreciado como imprescindible para alcanzar su objetivo. Fue expresión también de la experiencia acumulada por los oficiales que la organizaron y conducirían, americanos y europeos, cuyos años de campañas, sostenemos, también, se aprovecharon para dotar apropiadamente al Ejército Libertador del Perú.

La flota que transportó al ejército, como a cerca de 800 caballos y sus forrajes, junto con todo el material de guerra y la enorme carga, estuvo compuesta por siete naves de guerra, o adaptadas como tales, y dieciséis barcos mercantes habilitados como transportes. Todas servidas por más de 2.500 hombres, de los cuales 1.928 pertenecían a la marina militar⁶.

6 Diego Barros Arana, aprovechando diversas fuentes y bibliografía, ofrece los detalles de la composición y pertrechos que terminaron componiendo la fuerza militar que se formó para combatir en el Perú. Ejemplo del rigor con que reconstruyó las alternativas de la organización de la fuerza militar es que incluso entregó el detalle de la composición de la carga que se transportó al Perú, como se observa en las siguientes partidas, que llamó menores: “3.000 cajones de cartuchos de fusil, 960 cajones de armamentos, 200 fardos de vestuarios confeccionados, 300 de metralla y balas de cañón, 400 de montura, tiros y correajes, 180 quintales de hierro, 1.500 cajas de herramientas, clavos, etc., 2.000 líos de charqui, 1.500 sacos de galleta y una crecida cantidad de harina, frejoles, maíz y otros víveres, y de paja y cebada para los animales. Además de la provisión de aguardiente, café, yerba mate, azúcar, arroz y papas. Por último, en cada buque había repuesto de voladores de luces para señales, además de faroles destinados al mismo objeto”. Véase particularmente el tomo XII de *Historia general de Chile*, pp. 453-458.

Junto con las naves y sus tripulaciones, se preparó un sistema de señales para la comunicación de los barcos, se pintó cada nave con una identificación particular y se establecieron puntos de reunión específicos en caso de que alguna de ellas se apartara del convoy en que navegarían rumbo al virreinato peruano. Todas estas fueron medidas que también mostraban el “espíritu de orden y previsión” con que se organizó la campaña militar.

A todo lo señalado es preciso sumar la llamada “caja militar” que San Martín –con razón estimó O’Higgins– exigió llevar para los gastos después del desembarco del ejército, la que evitaría imponer cargas que harían “antipática” la expedición en el Perú. Para reunirla, el director supremo dispuso medidas para sumar recursos que llegaron a la enorme suma, para la época y las circunstancias, de 180.392 pesos.

En los primeros días de agosto de 1820, mientras se completaban los aprestos y se iniciaba el embarque de los bagajes del ejército en Valparaíso, O’Higgins se ocupó de afinar las instrucciones que entregaría a José de San Martín en su condición de jefe supremo e indiscutible de la fuerza militar de mar y tierra. Estas atribuciones se expresaron en diversos decretos expedidos por el director supremo que confió en San Martín la exclusiva dirección de las operaciones que se emprenderían.

32

La dirección de la campaña como su propósito fundamental aparecen también claramente expuestos por O’Higgins en el oficio que el 19 de agosto dirigió a Thomas Cochrane, al mando de la fuerza marítima. En él, escribió:

El objeto de la presente expedición es extraer al Perú de la odiosa servidumbre de España, elevarlo al rango de potencia

libre y soberana, y concluir por ese medio la grandiosa obra de la independencia continental de Sur América. El Capitán General del ejército, don José de San Martín, es el jefe a quien el gobierno y la república han confiado la exclusiva dirección de las operaciones de esa gran empresa.

Una puntualización esencial que el director supremo todavía creyó necesario reafirmar, previendo las discrepancias que se producirían, al agregar que las fuerzas expedicionarias de mar y tierra, “para obrar combinada y simultáneamente”, recibirían “un solo impulso comunicado por el consejo y determinación del General en jefe” (Barros Arana, 2005, p. 463).

Entre el 18 y 20 de agosto de 1820, se embarcaron en Valparaíso las tropas que se dirigirían al Perú. Las crónicas relatan que se trató de un acontecimiento verificado en medio del entusiasmo popular y escenas de despedida que emocionaron. Entre los testimonios, destaca el del mayor Miller, un inglés al servicio de la causa patriota que también iría de expedición al Perú. En carta a sus compatriotas residentes en Santiago, Miller escribió:

Todo el Ejército Libertador está embarcado, y el convoy sólo espera una brisa favorable para darse a la vela. La gallarda presencia de las tropas y el buen orden en que se ha efectuado el embarco, han causado admiración de todos los espectadores, y en especial de los extranjeros, que no hallan términos para expresarla. En ningún ejército podrían hallarse la satisfacción y la alegría que nos acompañan, y que nos pronostican triunfos y felicidades. Siento que vosotros no hayáis venido a presenciar nuestra partida. Ha habido, sin embargo, muchas lágrimas, y todavía han de correr más. Si estas ternezas de la despedida, que hacen honor a los chilenos, nos entristecen, también nos consuelan y honran” (Barros Arana, 2005, p. 463).

Tal vez, entre los soldados y marinos, las palabras que el director supremo estampó en la proclama con que despidió a la fuerza también contribuyeron a estimular su determinación y ánimo patriótico pues, entre otras frases, les prescribió: “Ejército expedicionario, marchad a la victoria, id a poner término a las calamidades de la guerra, y a fijar la suerte de todas las generaciones venideras: estos son los deseos y las esperanzas de vuestro amigo y compañero. O’Higgins” (Academia de Historia Militar, 2021, p. 42).

Otras crónicas, recogidas por Diego Barros Arana en su *Historia general de Chile*, aluden a las horas previas al zarpe, reseñando que a las nueve de la mañana todas las naves enarbolaron la bandera chilena y saludaron con una salva mayor de 21 cañonazos; que San Martín, junto con algunos de sus oficiales, recorrió en una llamativa falúa la mayor parte de la bahía, visitando todos los buques de guerra y algunos transportes. Los relatos señalan que los soldados y marineros lo saludaban plenos de entusiasmo con el grito de “¡Viva la patria!”, que era contestado con el mismo ardor por los millares de espectadores que se apiñaban en la playa. Finalmente, que junto con levar anclas a las dos de la tarde, el viento sur infló las velas de las naves y estas comenzaron a salir de la bahía en el orden prescrito con anticipación y encabezadas por la fragata *O’Higgins*. En el navío *San Martín*, que se ubicaba en la retaguardia del convoy, navegaba, con su estado mayor, el capitán general y el jefe del Ejército Libertador del Perú, José de San Martín.

34

Expresión de la satisfacción, orgullo y expectativas que la fuerza militar destinada al Perú representaba para O’Higgins, pero también para la comunidad que encabezaba, es el oficio que hizo llegar al Senado al momento de la salida de las naves

con las tropas de Valparaíso, haciéndolo así partícipe de un momento cumbre, de “un memorable acontecimiento”, de una empresa de carácter nacional “que va a fijar la grande obra de nuestra independencia”. Fechado presumiblemente el día 20 de agosto, en él se lee:

En este momento zarpa del puerto la expedición libertadora del Perú, viéndose ya cumplidos los votos de Chile y los afanes de V. E., a quien tengo el honor de dar este interesante aviso para su satisfacción; añadiendo que no hay expresión bastante para figurar el entusiasmo y espíritu marcial que han manifestado al tiempo de su embarque, esas valientes tropas que van a combatir por la libertad de sus oprimidos hermanos del Perú (*Sesiones de los cuerpos legislativos de la república de Chile*, IV, 1888, p. 304).

La manifestación pública de complacencia no fue una postura interesada, pues se repite en una carta privada, datada el 21 de agosto, y que Bernardo O’Higgins dirigió a su ministro de Hacienda y hombre de confianza, José Antonio Rodríguez Aldea. En ella, el gobernante también se muestra entusiasta, incluso nostálgico de sus campañas, pero sobre todo consciente de la trascendencia y proyección de la empresa:

La expedición comenzó a salir ayer día de mi santo, y ahora, que son las dos de la tarde, me he despedido ya del General, del Almirante y de todos mis antiguos compañeros de armas, quienes navegan ya a dar libertad al Perú. ¡Obra grande el genio chileno en que usted tiene también bastante parte! Todo navega viento en popa (...) (Guerrero Lira y Miño Thomas, 2011, p. 47).

3. Colofón

Es evidente que, junto con los preparativos militares, el acopio de medios materiales para la campaña y, obviamente, la reunión de los soldados y marinos que terminaron conformando la Expedición Libertadora, entonces también existió un recurso intangible pero fundamental para el éxito de la organización de la fuerza militar como lo fueron el entusiasmo y la determinación independentistas, patrióticos y libertarios que contagiaron a una parte significativa de la población en Chile. Tal ánimo seguramente fue inducido, incluso obligado en ocasiones, por el gobierno nacional, pero también fue efecto de la convicción de ser la campaña la forma más directa y probable de poner fin a la guerra y, con el triunfo, asegurar la libertad.

Por último, no sobra advertir que la posibilidad de reconstruir con alguna precisión el número de tropas, las vituallas, parque y demás elementos que formaron parte de los pertrechos del Ejército Libertador del Perú, así como la mayor parte de las alternativas de su organización, gracias a la documentación oficial que la tarea dejó, ejemplifica también el grado de organización y control de la administración del naciente Estado chileno, la escasez de recursos que lo acosaba, así como el compromiso y entusiasmo que la causa patriota despertó entre los contemporáneos de la campaña para asegurar la independencia del Perú y América⁷.

7 Entre las fuentes, a las que se suman las memorias de quienes formaron parte de la fuerza, la correspondencia, la prensa y otra serie de testimonios, las *Sesiones de los Cuerpos Legislativos de la República de Chile* resultan esenciales no sólo por reproducir gran parte de ellas, sino también por ofrecer las disposiciones, propuestas, discusiones, resoluciones y otros muchos antecedentes que las explican y justifican.

Recibido: 30 de octubre del 2022

Aprobado: 15 de febrero del 2023

* *

Referencias bibliográficas

Academia de Historia Militar.

(2021) *El Ejército Libertador del Perú, De la gloria al olvido*. Ediciones Academia de Historia Militar.

Alvarado Luna, P.

(2020) *Virreyes en armas. Abascal, Pezuela y La Serna: la lucha contrarrevolucionaria desde el virreinato del Perú (1808-1826)*. Instituto Riva-Agüero.

(2021) La amenaza fantasma: El virrey Pezuela frente a la Expedición Libertadora (1818-1820). *Revista del Instituto Riva-Agüero*, 6 (1), pp. 131-178.

Arrambide, V., C. McEvoy y M. Velázquez (Eds.).

(2021) *La Expedición Libertadora. Entre el océano Pacífico y los Andes* (pp. 77-97). Instituto de Estudios Peruanos.

Barros Arana, D.

(2003) *Historia general de Chile*. Tomo XI. Editorial Universitaria y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.

(2005) *Historia general de Chile*. Tomo XII. Editorial Universitaria y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.

Espejo, G.

(2017) *El paso de los Andes. Crónica histórica de las operaciones del Ejército de los Andes para la restauración de Chile en 1817*. Editorial Honorable Senado de la Nación.

Gutiérrez, J. M.

(1868) *Bosquejo biográfico del general San Martín*. Imprenta de Mayo de C. Casavalle (Ed.).

Letelier V.

(1886) *Sesiones de los cuerpos legislativos de la república de Chile. 1811 a 1845*. Tomo II, Imprenta Cervantes.

(1888) *Sesiones de los cuerpos legislativos de la república de Chile. 1811 a 1845*. Tomo IV, Imprenta Cervantes.

Museo Histórico Nacional.

(2009) *La pintura como memoria histórica. Obras de la colección del Museo Histórico Nacional*. Museo Histórico Nacional.

Sagredo Baeza, R.

(2018) O'Higgins. El gobernante. En A. Góngora (Ed.), *O'Higgins* (pp. 70-97). Origo Ediciones.

Sesiones de los cuerpos legislativos de la república de Chile. 1811 a 1845. (V. Letelier ed.).

(1886) Tomo II, Imprenta Cervantes.

(1888) Tomo IV, Imprenta Cervantes.

Stuven, A. M.

(2021) San Martín y O'Higgins: los preparativos de la Expedición Libertadora del Perú. En V. Arrambide, C. McEvoy y M. Velázquez (Eds.), *La Expedición Libertadora. Entre el océano Pacífico y los Andes* (pp. 77-97). Instituto de Estudios Peruanos.